

San Miguel de Aralar visita Donostia

Asier Barandiaran
Fernando Txueka
Miguel Angel Zubiria

La imagen de San Miguel de Aralar visitará San Sebastián por primera vez el próximo 10 de octubre. Será un momento histórico, ya que, a pesar de la estrecha relación que San Miguel ha mantenido con Gipuzkoa durante siglos, nunca hasta ahora había llegado a la capital del territorio.

La Diócesis de San Sebastián aceptó la invitación formulada por el santuario de San Miguel y su Cofradía, y han organizado la visita de manera conjunta. La recepción tendrá lugar en la catedral del Buen Pastor, y las actividades organizadas en torno a su figura brindarán la oportunidad de recordar el antiguo vínculo entre San Miguel de Aralar y Gipuzkoa. De hecho, la cita del 10 de octubre posee no solo un significado religioso, sino también un especial valor histórico y cultural.

Testigo de este vínculo son, entre otras, las visitas al Goierri documentadas al menos desde el siglo XVII, hacia las zonas de Ataun, Lazkao y Ordizia, con el fin de bendecir las tierras y a sus habitantes. Desde mediados del siglo XX, además, otra cita significativa une a San Miguel de Aralar con Gipuzkoa: la visita anual que se realiza el segundo domingo de agosto a la ermita de Nuestra Señora de Igaratza. Desde 1947, concretamente, impulsada por el beneditino de Lazkao Alberto Begiristain, el capellán del santuario Inozentzio Aierbe y el grupo *Aralarko Adiskideak* de Tolosa, la imagen de San Miguel es trasladada allí cada año.

En este encuentro, que se celebra en pleno corazón de la sierra de Aralar y en tierras guipuzcoanas, se reúnen en torno a San Miguel pastores, montañeros y fieles; de este modo, Igaratza ha mantenido vivo hasta nuestros días ese antiguo vínculo de siglos de antigüedad. Por todo ello, aunque la visita del 10 de octubre sea una novedad, detrás de ella subyace una larga historia. La imagen de San Miguel de Aralar llegará por primera vez a San Sebastián; a Gipuzkoa, sin embargo, regresará una vez más.

Aralar: el espacio que une Navarra y Gipuzkoa

Aralar es, de por sí, un espacio compartido por Gipuzkoa y Navarra. La vertiente noroccidental de la sierra se extiende hacia el Goierri y Tolosaldea guipuzcoanos; la suroriental, en cambio, hacia Araitz, Larraun y Sakana, en Navarra. Aunque las fronteras administrativas separan ambos territorios, la propia montaña los ha unido a lo largo de la historia: los pastores de ambos lados han compartido los pastos desde tiempos antiguos,

y la actividad pastoril, los caminos, los mercados, las peregrinaciones y otras formas de relación se han entrecruzado continuamente en Aralar.

En cualquier caso, Aralar no es un mero espacio geográfico. Alberga las huellas de la presencia humana desde la Prehistoria, tal y como muestran los dólmenes y otros monumentos megalíticos; el pastoreo, por su parte, ha moldeado durante siglos el paisaje y la forma de vida de la sierra. Jose Migel Barandiaran, además de investigar los vestigios prehistóricos de Aralar, recopiló también leyendas y tradiciones orales vinculadas a la sierra, como las relacionadas con los gentiles y el dragón. Por encima de ello, Aralar ha adquirido un significado simbólico y espiritual especial en el imaginario colectivo vasco.

Jose Maria Jimeno Jurio resumió a la perfección esa esencia de Aralar en 1970: después de hablar del Aralar de los pastores, montañeros, prehistoriadores y etnólogos, situó en el corazón de la sierra el santuario de San Miguel, como punto de encuentro de las peregrinaciones navarras y guipuzcoanas y como eje de un pueblo creyente.

De hecho, en torno a San Miguel de Aralar encontramos también ese mismo vínculo entre ambos territorios. Durante siglos, peregrinos y ciudadanos tanto de Navarra como de Gipuzkoa han acudido al santuario. Por ello, San Miguel no es para Gipuzkoa una devoción ajena o sobrevenida: al igual que Aralar, está integrado en la historia, la espiritualidad y la memoria compartida de ambos territorios.

San Miguel de Aralar posee, además, una particularidad: durante siglos, ciudadanos y peregrinos de Navarra y Gipuzkoa han ascendido al santuario, pero ese desplazamiento no ha sido unidireccional. Del mismo modo que el pueblo se ha acercado al arcángel San Miguel, él también se ha aproximado al pueblo. Su imagen ha descendido del santuario para ser portada de pueblo en pueblo con el fin de bendecir a las personas, las casas, las tierras y el ganado.

Por ello, San Miguel no es una mera imagen estática en su santuario: es también un arcángel caminante. Un testimonio de finales del siglo XIX recoge a la perfección la profundidad de este vínculo. Según explicaba en 1878 la revista *Revista Euskara*, cuando San Miguel descendía desde la cumbre de Aralar, los vecinos salían a su encuentro y no lo recibían como a un extraño, sino como a un amigo y «mensajero de la esperanza».

Esta tradición secular ha perdurado hasta nuestros días, renovándose de generación en generación y adaptándose a las características de cada época. De este modo, el próximo 10 de octubre dará un nuevo paso histórico, cuando la imagen de San Miguel llegue por primera vez a San Sebastián.

El Aralar cantado

Aralar también ha dejado su impronta en el imaginario de los versolaris de Gipuzkoa. El versolari Lazkao Txiki, por ejemplo, expresó su amor por la sierra en una serie de versos: cantó a un Aralar lleno de vida en un día de primavera, convirtiendo a pastores, pájaros y animales en parte del paisaje, para concluir despidiéndose de la montaña con un abrazo.

El donostiarra Segundo Kalonge también cantó a Aralar y a San Miguel en 1978, tras una visita al santuario. En sus versos se entrelazan la admiración por el paisaje y la devoción al arcángel. Estas estrofas muestran que Aralar no ha sido únicamente un destino de peregrinación: es también un lugar cantado, vivido y sentido en la cultura popular guipuzcoana.

Aralar ocupa asimismo un lugar especial en la obra del escritor guipuzcoano Nikolas Ormaetxea *Orixe*. En el apartado «Letari» de su poema épico *Euskaldunak*, el pueblo azotado por la sequía acude a Aralar para realizar rogativas. La montaña, de este modo, deja de ser un mero paisaje para convertirse en un espacio de oración, esperanza y fe compartida por todo un pueblo.

En otro de sus versos, Orixe nos brindó una imagen especialmente hermosa para plasmar el carácter peregrino de San Miguel de Aralar: «Orrela dabil erririk-erri / Naparro'ko Aingerua» (Así anda de pueblo en pueblo / el Ángel de Navarra). El ángel recorre los pueblos y, en palabras del poeta, deja en cada rincón «el cielo que trae consigo», para regresar después a Aralar. Esta antigua estampa cobrará una especial vigencia el próximo 10 de octubre, cuando el arcángel San Miguel, que durante siglos ha caminado de pueblo en pueblo, extienda esta vez su camino hasta San Sebastián.

De Gipuzkoa a Aralar, de Aralar a Gipuzkoa

El ir y venir entre Gipuzkoa y Aralar tuvo el año pasado otra expresión especialmente emotiva. Tras el incendio de las puertas del santuario en 2024, la Factoría Marítima Albaola de Pasaia construyó unas nuevas puertas, convirtiéndolas en símbolo del trabajo comunitario y de la solidaridad. En junio de 2025, aquellas puertas recorrieron en un carro de bueyes el camino desde Pasaia hasta Aralar, atravesando numerosos pueblos de Gipuzkoa y Navarra hasta llegar al santuario.

Aquel recorrido tuvo un sentido especial: las nuevas puertas, nacidas de la solidaridad, se llevaron desde Gipuzkoa hasta Aralar. Un año después, de algún modo, el camino se hará a la inversa: San Miguel vendrá de Aralar a Gipuzkoa. Ambos viajes, en direcciones opuestas, actualizan el antiguo vínculo que une ambas vertientes de la montaña.

Por primera vez a San Sebastián

Esta historia de siglos escribirá un nuevo capítulo el próximo 10 de octubre. San Miguel de Aralar llegará por primera vez a San Sebastián y será recibido en la catedral del Buen Pastor. No se tratará, sin embargo, de un mero acontecimiento de un día, sino de una expresión viva del antiguo vínculo entre Aralar y Gipuzkoa, que en esta ocasión convierte a la capital del territorio en el principal punto de encuentro de esta tradición centenaria.